

CAPITULO LXXIX.

Pedro III de Aragon, el Grande.—Su coronacion en Zaragoza.—Sublevaciones de los moros valencianos y de los catalanes.—Hace feudatario á su hermano el rey de Mallorca.—Sus derechos á la corona de Sicilia.—Juan de Prócida.—Famosas Visperas sicilianas.

DURANTE los últimos años del reinado de D. Alfonso hemos nombrado distintas veces al rey D. Pedro III de Aragon, y necesario nos es, antes de proseguir los sucesos de Castilla durante el reinado de D. Sancho, ocuparnos de los acontecimientos de Aragon hasta el momento en que, por muerte de D. Pedro, pasó su corona á ceñir otras sienes.

El reinado de D. Pedro III es «uno de aquellos períodos que forman época en la historia de un país.» Así dice nuestro moderno historiador Lafuente, y nosotros debemos añadir que no solo es verdaderamente importante para la historia de España en general, si que tambien su influencia dejó sentir de una manera poderosa respecto á las demás naciones extranjeras.

Hasta el momento en que D. Pedro fue coronado solemnemente en Zaragoza, no quiso usar otro título que el de infante heredero, demostrando con esto un gran tacto político.

Hasta entonces ningún monarca se había coronado en Zaragoza. D. Pedro y su esposa D.^a Constanza recibieron en esta ciudad, capital de sus estados, la corona y el cetro de manos del arzobispo de Tarragona en 16 de noviembre de 1276.

En este solemne momento para que no se pudiese sospechar que aquel acto implicaba una aprobación de la concesion otorgada por su abuelo á la Sede Pontificia, protestó antes en presencia de varios importantes personajes, diciendo «que se entendiese que no recibía la corona de manos del arzobispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella (1).»

Después fue reconocido el infante D. Alfonso, su hijo, como sucesor suyo.

Terminadas las ceremonias y fiestas consiguientes á un acontecimiento semejante, volvióse de nuevo el monarca á Valencia donde todavía quedaban infieles que combatir.

La fuerte posición de Montera era, por decirlo así, el postrer baluarte que les quedaba, y á su abrigo habíanse guarecido mas de treinta mil.

D. Pedro hizo un llamamiento á sus caballeros, reunió poderosa hueste y fue á poner cerco á la plaza, estrechándola de tal modo, que no les quedó á los sitiados otro recurso que rendirse sin condiciones de ninguna especie en 1277, viéndose obligados, en virtud de la voluntad del monarca, á abandonar aquel país tan lleno de recursos para ellos y donde tantas afecciones tenían.

Con esta conquista puede decirse que quedó completamente seguro todo aquel importantísimo reino.

De la estancia del Monarca en Valencia aprovecharon los catalanes para rebelarse contra él.

Mostrábanse resentidos porque D. Pedro después de haberse coronado en Zaragoza no había pasado á Barcelona á confirmarles sus fueros, según la costumbre de sus antecesores.

Aliáronse con los condes de Pallás, Fox y Urgel, y puesto en armas casi todo el país, no pudo D. Pedro acudir oportunamente á sofocar el incendio, tanto por hallarse empujado en la guerra de Valencia, cuanto por las complicaciones que con Castilla sobrevinieron á consecuencia de la llegada de la reina D.^a Violante con los hijos del infante de la Cerda, según espusimos en el anterior capítulo.

Pero una vez terminada aquella guerra y dado término á los tratos con Castilla, penetró resueltamente en Cataluña, y habiéndose hecho fuertes los rebeldes en la importante villa de Balaguer, acometióles con tal ímpetu que no tuvieron mas remedio que darse á partido, rindiendo la plaza en junio de 1280.

Los condes fueron encerrados en el castillo de Lérida, siendo el de Fox, que mas altanero é inconveniente seguía mostrándose con el Monarca, recluso en el de Siurana, donde permaneció mucho tiempo.

Por entonces tuvo lugar tambien la entrevista de D. Pedro y su hermano D. Jaime, rey de Mallorca, al objeto de que este rindiese feudo por los estados del Rosellon, Cerdeña, Montpellier y las Balears, que había heredado.

No muy bien se habían llevado siempre los dos hermanos, y esta exigencia de D. Pedro á la cual no tuvo otro remedio que acceder D. Jaime por la exiguidad de sus fuerzas relativamente á las de su hermano, acabó de colmar la enemistad y antipatía que recíprocamente se profesaban.

Urgíale en gran manera á D. Pedro llevar á feliz y pronto término todas estas empresas, porque tiempo hacia hallábase preocupado por otra mas grande y trascendental.

Esta era la de la posesion de la Sicilia, á la cual tenía derecho el monarca aragonés por parte de su esposa D.^a Constanza, hija de Manfred, rey de aquella isla.

La corte pontificia, en guerra mucho tiempo con la casa de Suavia, prestó su apoyo al conde Carlos de Anjou, hermano menor de Luis IX de Francia (san Luis), para que se apoderase de aquel reino.

Así sucedió, y aun cuando Manfred luchó esforzadamente por

la conservacion de sus estados, fuéle contraria la suerte, y en el combate de Benevento perdió la vida con la corona.

Cárlos de Anjou sentóse sobre los tronos de Nápoles y Sicilia, mas de tal modo exasperó á aquellos naturales con los excesos y tropelías que cometiera, que la indignacion era general, volviéndose todas las miradas hácia Conradino, hijo de Conrado, que fuera antecesor de Manfred.

Quince años contaba á la sazón Conradino, cuando reunido á su alrededor un buen ejército, presentóse á disputar al de Anjou aquel trono de que tan injustamente se apoderara.

Ayudóle en esta empresa un ilustre castellano, el infante D. Enrique de Castilla, hermano de D. Alfonso, que enemistado con este, estuvo muchos años en la corte del monarca Tunezino donde adquirió grandes riquezas pasando después á Italia.

Con este iba su hermano D. Fadrique y un buen número de caballeros castellanos descontentos del gobierno de D. Alfonso, y todas las historias están contestes en ponderar el valor y el esfuerzo de estos, alcanzando alta prez en los campos de batalla.

Tampoco la suerte estuvo de parte de los sicilianos en esta ocasion, á pesar del auxilio que les prestara la noble y esforzada legion castellana.

En la batalla de Tagliacozzo quedaron derrotados, y prisionero Conradino fue decapitado en la plaza del mercado de Nápoles, arrojando desde el patíbulo su guante en medio de la multitud, cual si buscase un vengador.

Y lo encontró por cierto. Un caballero aragonés recogió aquel guante y le llevó al Monarca de Aragon, esposo de D.^a Constanza, que era quien únicamente quedaba ya con derecho al trono de Sicilia.

Juan de Prócida, que era un noble caballero siciliano, que había recibido una afrenta personal del mismo Cárlos de Anjou en la persona de su esposa y de su hija, hallábase desterrado de su patria y refugiado en Aragon.

En este mismo reino había otra porción de ilustres sicilianos pertenecientes á los gibelinos, debiendo hacer especial mencion del famoso Roger de Lauria, que tanta gloria había de dar después á las armas aragonesas y catalanas.

Estos, y especialmente Prócida, hablaron á D. Pedro, y entusiasmaronle con el proyecto de intentar un movimiento en Sicilia para que obtuviera aquella corona.

Prócida estuvo en Constantinopla, donde hizo presente al emperador Miguel Paleólogo, la amenaza de Cárlos de Anjou de apoderarse de sus estados para colocar en el trono imperial, de acuerdo con el rey de Francia, á su cuñado Felipe, y de la conveniencia que reportaría aliándose con el rey de Aragon.

Tambien estuvo en Sicilia á fin de preparar á sus amigos, y mientras tanto el rey D. Pedro procuraba dar cima á sus empresas de Valencia, Cataluña y Mallorca á fin de poder quedar desembarazado para el audaz proyecto que meditaba.

Con la noticia del buen éxito que Prócida obtuviera en sus arriesgadas expediciones, preparó una formidable armada bajo el pretexto ostensible de hacer la guerra á los turcos y á los moros, sin que nadie supiera el verdadero objeto para que se destinaba.

El rey de Francia, sospechando algo, procuró averiguar por medio de una embajada que al efecto le mandó, el destino que pensaba darle D. Pedro de Aragon.

Pero este supo evadir diestramente la cuestion y zarpó del puerto haciendo rumbo á las costas de Berbería.

Avisado Cárlos de Anjou para que se pusiera en guardia contestó desdeñosamente: *Conozco la falsedad y doblez de Pedro de Aragon, pero me dan poco cuidado tan pequeño reino y tan pobre rey.*

Bien caras pagó tan imprudentes frases. Sús demasías, sus atropellos, la intemperante conducta seguida tanto por él como por sus soldados habían colmado, la medida del enojo público.

Era el lunes de Pascua de Resurreccion, 30 de marzo de 1282, y los habitantes de Palermo se dirigian á celebrar las visperas de la festividad á la iglesia del Espíritu Santo situada fuera de la ciudad á la orilla de un riachuelo.

Entre los que se dirigian al templo, iba la hija del caballero Roger de Maestr' Angelo, hermosa palermitana, acompañada de su esposo y de sus hermanos.

Un soldado provenzal propasóse de una manera lasciva con ella á pretexto de ver si llevaba armas escondidas entre sus ropas (1).

Desmayóse la jóven, un caballero siciliano atravesó con su espada al soldado, los compañeros de este le vengaron con la muerte de aquel, estalla la popular indignacion, y al grito de *mueran los franceses*, y al toque de las campanas que anunciaban las visperas, arrojase el pueblo sobre sus opresores, dando comienzo á una horrible mortandad que fué propagándose por toda la isla, calculándose que murieron en aquella terrible hecatombe sobre unos veinte y ocho mil franceses.



LOS EMBAJADORES DE CARLOS DE ANJOU DESAFIAN EN SU NOMBRE AL REY D. PEDRO.

Hiera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

(1) Blancas.—Coronacion de los reyes de Aragon, cap. II. Zurita.—Anales de Aragon.

(1) Barolomé de Neocastro, Villani, Muratori y otros autores italianos. Rosow.—S. Hilaire, Hist. d'Espagne.—Lafuente Hist. de España.

CAPITULO LXXX.

Cine D. Pedro III de Aragon la corona de Sicilia.—Famoso desafio del Monarca aragonés y de Carlos de Anjou.—Roger de Lauria.—Sus hazañas.—Proezas de catalanes y aragoneses en Italia.

HALLÁBASE entre tanto el rey D. Pedro en Berbería esperando el momento oportuno para realizar su plan, entreteniéndose en hacer entradas por las tierras musulmanas, para cuyo efecto había repartido las compañías de almogávares que llevaba, entre los caballeros que le seguían, al objeto de que todos fueran participando de aquellas expediciones.

Se supone que el musulmán había ofrecido al rey de Aragon entregarle la importante plaza de Constantina, para cuyo efecto contaba con varios amigos que habían de ayudarle en su empresa.

Confiado en esto, hizo el monarca su expedición á Berberia, pero descubierta por los moros la fraguada traicion, alzóse tumultuariamente contra los comprometidos, y quitando la vida al principal de ellos y á doce de sus compañeros, decidíéronse á defenderse obstinadamente destruyendo con esto el plan del aragonés.

Sin embargo, su verdadero plan, su objeto mas principal nadie le conocia.

La reserva del Monarca era extraordinaria.

Todos los historiadores están conformes en que nadie sabia á ciencia cierta el proyecto del Rey.

Este envió de nuevo otro mensajero al Pontífice para que le ayudase en la guerra que estaba haciendo, no obteniendo respuesta alguna.

Un día víéronse llegar dos buques de Sicilia.

En ellos iban varios caballeros que en nombre de todas las ciudades de la isla acudían á ofrecerle la corona, suplicándole que pasase á tomar posesion de ella.

D. Pedro, mostrándose tan cauto y político como siempre, agradeciéndoles la honra que le hacian, y les pidió tiempo para consultar con sus caballeros y ricos-hombres, significando que vacilaba en aceptar aquello mismo que tanto deseaba, segun dice muy oportunamente un historiador contemporáneo.

Nuevas embarcaciones aportaron á las africanas costas con nuevas solicitudes, y entonces reuniendo el Monarca á sus caballeros expúsoles la demanda que los sicilianos le hacian.

Encontrados fueron los pareceres, mas el Monarca con aquel tacto que le distinguía, supo vencer á los mas opuestos, y bien pronto se hizo á la vela la armada, dirigiéndose á Sicilia, llegando á Trapani en 30 de agosto de 1282.

Apenas llegó á Palermo, toda la poblacion salió á recibirle aclamándole como á su libertador.

Bajo de pálio fué conducido hasta el palacio imperial, donde ante los representantes de todas las ciudades quedó proclamado don Pedro III de Aragon, rey de Sicilia.

Inmediatamente envió socorros á la ciudad de Mesina, que se hallaba estrechamente sitiada por las tropas de Carlos de Anjou.

Roger de Lauria mandaba la flota que se aproximaba al puerto mientras que el rey D. Pedro con Juan de Prócida y Alaymo de Lantini, avanzaba por la parte de tierra.

Carlos de Anjou, el mismo que había tenido la imprudencia de decir que despreciaba al rey de Aragon, tuvo que retirarse vergonzosamente á su aproximacion, dejando su campo y equipages en poder de los almogávares y mesineses.

Con el mismo regocijo que en Palermo, fue recibido D. Pedro en Mesina, donde permaneció algunos dias.

Carlos se hallaba en Reggio mientras su poderosa armada se había ido á guarecer á Nápoles y Sorrento.

Entonces un valiente catalán, Pedro de Queralt, llevó á cabo una de esas hazañas verdaderamente homéricas y que apenas pueden concebirse á no verlas confirmadas por distintos y reputados historiadores.

Veinte y dos galeras había en Mesina, que pertenecian á la armada de D. Pedro.

Ochenta, contaba la flota de Carlos que se hallaba á la altura de Nicotera.

Nadie podia imaginarse que los catalanes emprendieran empresa alguna contra tan poderosa escuadra.

Sin embargo, Queralt no vaciló un momento, y con sus veinte y dos galeras fué á presentar atrevidamente la batalla á las enemigas.

La audacia de aquellas, aterró á estas; dispersáronse, y aprovechándose de esto el catalán, cayó con tal ímpetu sobre ellas, que consiguió apoderarse de cuarenta y cinco galeras y de ciento treinta barcos de transporte cargados de víveres.

Todavía esto parecíales insuficiente á los catalanes, que dirigiéndose á Nicotera se apoderaron de la ciudad matando á mas de doscientos caballeros franceses.

Al recibir la noticia de semejante triunfo, el rey de Aragon cayó de rodillas entonando el *Laudate Dominum*, siguiendo su ejemplo cuantos caballeros le rodeaban.

Cuatro mil prisioneros había hecho el valeroso catalán y de ellos separando los franceses, que eran unos mil próximamente, puso en libertad á los tres mil restantes que eran italianos, con lo cual ganóse gran número de simpatías en aquel país (1).

(1) Neocastro.—Cap. 33.—Desclot.—Cap. 98.

D. Pedro procedía desde los primeros momentos con un tacto y una discrecion superiores á todo elogio.

En Catana obtuvo un buen subsidio para proseguir la guerra, y dió varias importantes disposiciones, bien aboliendo tributos odiosos para los pueblos, bien suprimiendo cierta clase de impuestos que les abrumaban.

De regreso á Mesina encontróse con un religioso de la Orden de predicadores, llamado Fr. Simon de Lentini, el cual iba de parte de Carlos de Anjou á decirle, que pues había invadido la Sicilia, robándole sin derecho ni provocacion sus tierras, estaba dispuesto á probarse en singular combate, dejando á la espada que decidiera de parte de quién estaba la razon.

El de Anjou llevábase en este reto una segunda idea que no pudo oscurecerse al buen criterio del aragonés.

Aquel trataba por este medio de ganar tiempo, de obligar á don Pedro, si aceptaba, á que regresara á sus estados, y si no aceptaba mostrarle á los ojos de su nuevo país como un cobarde, y tal vez por este medio desilusionar á los sicilianos.

El nuevo rey envióle á decir que semejante asunto no era para tratado por medio de un fraile, y entonces Carlos envióle algunos caballeros á quienes dió orden de que no le hablasen sino en plena corte y en presencia de todos.

El rey Carlos nos envia á decirnos, —dijéronle, — que sois un desleal, porque habeis entrado en sus reinos sin declararle guerra.

Al escuchar estas frases D. Pedro, ardiendo en ira y sin poderse contener mas, les interrumpió diciéndoles:

Decid á vuestro señor que hoy mismo irán mis mensajeros á responder en sus barbas á la acusacion que os habeis atrevido á pronunciar en las nuestras: retiraos.

Aun no habían pasado seis horas cuando ya los enviados aragoneses se dirigieron hácia Reggio.

Una vez en presencia del de Anjou, y sin que le hicieran otro saludo, le dijeron:

«Rey Carlos: nuestro señor el Rey de Aragon nos envia á preguntaros si es cierto que habeis dado orden á vuestros mensajeros para «proferir las palabras que hoy han pronunciado delante de él.»

Al escuchar la respuesta afirmativa del de Anjou, anadieron los enviados del aragonés:

«Pues nosotros os decimos de parte de nuestro señor que mentís como un bellaco, que él en nada ha faltado á la lealtad; os decimos en su nombre que quien ha faltado ha sido vos, cuando vinisteis á atacar al rey Manfredo y asesinasteis al rey Conradino, y si lo negais os lo hará confesar cuerpo á cuerpo. Y aunque reconoce vuestro valor y sabe que sois un brioso y esforzado caballero, os da á elegir las armas, puesto que sois mas anciano que él (1).»

Después de varios mensajes cambiados entre los dos monarcas conviniéronse en que el combate seria de ciento contra ciento (2), designando como árbitro para decidirlo al rey Eduardo de Inglaterra, debiendo tener lugar el juicio de Dios, en Burdeos, perteneciente entonces á este monarca.

Si la idea de Carlos fue ganar tiempo con esto obligando al aragonés á una tregua, llevóse un gran chasco, puesto que á los muy breves dias salió de Mesina con el mayor sigilo una flota en la que iban cinco mil almogávares con direccion á Catana.

Sorprendidas en medio de su sueño las tropas francesas, fueron pasadas á cuchillo las que no pudieron escapar, recogiendo considerable botin y sembrando el terror y la destruccion hasta las inmediaciones de Reggio, sin que se atrevieran los soldados de Carlos á oponerse á aquellas terribles gentes.

En 12 de abril de 1283, la reina D.^a Constanza, acompañada de sus hijos Jaime, Fadrique y Violante, á quien el Rey enviara á buscar con Juan de Prócida y Conrado Lancia, llegó á Palermo siendo recibida con extraordinaria pompa y alegría.

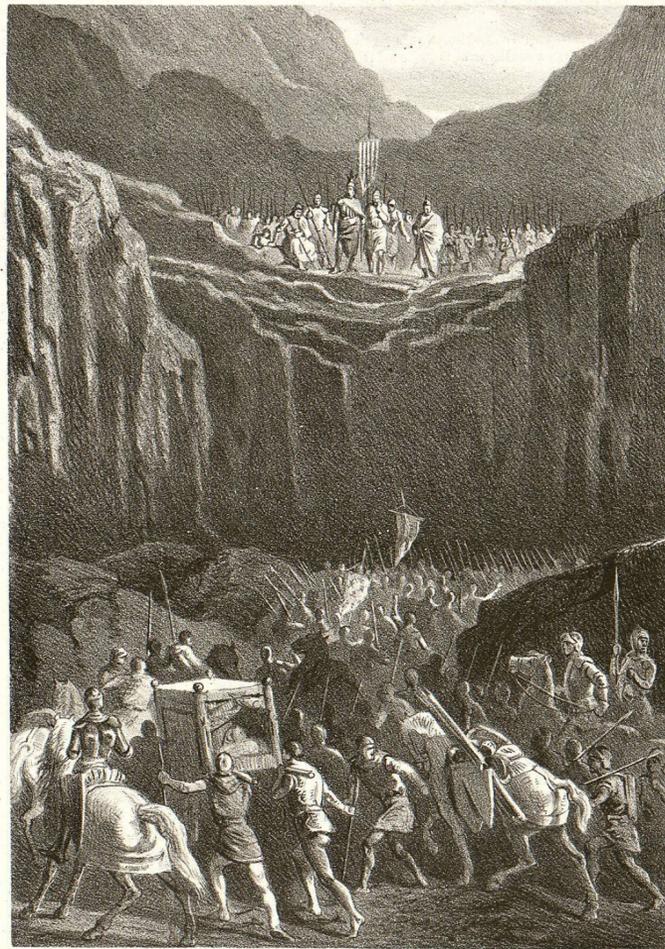
Entonces reunió D. Pedro el parlamento y en él hizo presente, que pues iba á aventurar su existencia en el combate que había de sostener con Carlos, y para no dejarles expuestos á las eventualidades de aquel acontecimiento, era su voluntad que á su muerte su hijo D. Alfonso se heredase en los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, y su segundo hijo Jaime en el de Sicilia, siendo durante su ausencia vireyes de este reino, su esposa D.^a Constanza y su hijo Jaime.

Con esto calmó la inquietud de los sicilianos que creyeron y lo temian que el rey de Aragon tratara de hacer de aquel estado una provincia de Aragon, siendo extraordinario su júbilo al ver que se les daba rey propio y corona hereditaria.

Después de esto partió el monarca aragonés para sus estados, habiendo antes desecho la conspiracion que contra él se había fraguado por algunos nobles sicilianos en union con el hijo de Carlos.

(1) Lafuente.—Hist. de España.

(2) El padre Mariana padece un error en la manera de referir este suceso, puesto que no fue un rey de armas quien desalió á Carlos en nombre del rey de Aragon y mucho menos que el reio partiera de este. Está demostrado por varios historiadores que el retador fue el de Anjou. Véase Muntaner y Zurita, Malaspina y Neocastro y los franceses Durand y Martene.



D. PEDRO III DE ARAGON EN EL COLI DE PANIZAS.

Riera, Editor, Barcelona, Rubalc. 24 y 25.